

DIRECTORES DE HOTEL

Decíamos ayer (y no hay que recordar a Fray Luis, porque este ayer es de verdad o casi: la semana pasada), anotábamos que las casas se acondicionan ahora con las comodidades de un hotel; tanto como los hoteles, disimulando su condición mercenaria, procuran entregar a su clientela la ambientación más próxima al verdadero hogar. Y aun a sabiendas de que «Hogarotel» atiende a las dos ramas que coinciden en su indicativo, yo prestaba entonces mi atención de visitante, y luego de cronista, al negociado de lo puramente hogareño. Es natural, pues el hombre común vive los más de sus años en terreno propio. (Y aún quedan -a extinguir- aquellos maridos que entran en la rutina de considerar a su mujer como patrona, la más económica y confortable...)

Pero andando por la feria, compañero de tantos otros varones preocupados por «sus labores» -yo creo que el «boom» de los electrodomésticos sobrevino cuando nosotros tuvimos que ayudar en casa-, me vi, todavía no sé bien la razón, en una sala de reuniones donde se agrupaban los hoteleros. La escena contenía todos los tópicos de estas tomas de contacto personal que hoy se prodigan como nunca, desde los altos estamentos romanos de nuestra católica Iglesia, pasando por los organismos oficiales, hasta cualquier empresa pequeñita donde cada vez que usted pregunta por el señor García le dice la telefonista «que está reunido». O sea: un ambiente de grata convivencia y diálogo respetuoso; permiso implícito para fumar cuando se quiera; blocs grandes, generosos, para tomar notas; botellines individuales de agua mineral. Y en las ocasiones plenarias, esas azafatas tan monas -bueno, en lo de Roma supongo que no-, transportando un micrófono con cable largo que va pasando de mano en mano, y uno piensa, con miedo, si es que todos van a querer cantar.

En lo de los hoteleros se hablaba, como es lógico, de asuntos de la profesión. Es curioso observar de qué manera vivimos en el tiempo del análisis. Cosas que se han estado haciendo sin pensar, incluso haciéndose bien, son ahora caladas, exploradas, iluminadas, sometidas a discusión. Por ejemplo, el libro de reclamaciones. La de cosas que cabe decir -y allí fueron muy bien dichas- a cuenta de este instrumento que puede ser justiciero... pero también falaz. Lo que se llama un arma de dos filos. ¿Saben ustedes que algún desaprensivo puede dar en emplearlo como extorsión? Pero pasemos adelante, que no hay que enseñar trucos a nadie. Lo de la especialización: Me parece que para dirigir un hotel hay que tener ahora el título de director de hotel.

Esto lo comprende cualquiera. Y lo aplaude. Aun sin aludir a esos de gran dimensión, cualquier establecimiento modesto, de sólo unas decenas de plazas, comporta hoy una problemática como para justificar un buen piloto que lo gobierne. Es admirable lo que tienen que saber, ¡lo que saben!, estos caballeros: gastronomía y mercados y frutos del tiempo, bodeguería, legislación laboral, reglamentación hotelera, idiomas, divisas, psicología a todo pasto... He oído decir que alguno -será exageración- entiende incluso para un arreglo urgente de fontanería. ¿Se dan ustedes cuenta, resolver una de esas averías que pasan siempre en domingo? Sospecho que si el negocio de los viajeros decayera -nos libre Dios, a todos los españoles-, los directores de hotel se llevarían de calle los concursos de la televisión, eso sí había humor para concursos.

Cuando todo acabó, la conferencia y el coloquio, seguía la feria con su derroche de luces, el público moviéndose como protagonista inconsciente, llevado y traído, alienado, como tanto se dice, por una melodía de fondo, «música motivacional». Un mundo feliz, dinámico, joven hasta la provocación.

El caso es que a mí me gusta este mundo. Yo lo admiro. Pero entonces -esto me acontece a veces-, una querencia antigua, esteticista, algunos dicen que decadente, me llevó a recordar con nostalgia las fondas de mis tiempos, las de pensión completa, que es lo que da nutrición y descanso, aquéllas en que el vino sobrante se reserva de una comida para otra, y los clientes desconfiados señalaban el nivel con una raya de lápiz.

Aún ahora sé encontrar un hotel de primera de verdad -y callaré el nombre, no vaya a llenarse-, donde no hay aparatos modernos pero todo huele a cera de abrillantar, y aunque las habitaciones son con baño, está en su sitio la bacinilla, y las criadas son todas parecidas, todas traídas del mismo pueblo, serviciales, con un ligero bozo sobre el labio, muy honesto... Sólo una vez tuve que preguntar por el director, y no para reclamar. Me miraron con mucha extrañeza.

-El director..., el director... ¡Ah, bueno! ¡Don José!

Don José se ha negado siempre a aprender idioma bárbaro, y de vez en cuando escribe en un periódico de La Coruña. No sé si ahora le darán el título o si irá, a sus años, a la escuela de hostelería.

Antonio PEREIRA